

Entre tipos móviles

Historia de la edición en Colombia, 1738-1851

ALFONSO RUBIO Y JUAN DAVID MURILLO SANDOVAL

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 2017, 335 pp., il.

EN 1735, a bordo del navío El Incendio, donde viajaba una numerosa congregación de religiosos de la Compañía de Jesús, venían cargados los primeros cajones de letras de imprenta que llegaron al Virreinato de la Nueva Granada. Francisco de la Peña, uno de los tripulantes de esta embarcación, sería el impresor encargado de poner en funcionamiento estas letras (tipos móviles) en la rudimentaria prensa que se instalaría en la capital del virreinato dos años después, una vez los jesuitas obtuvieran la autorización de la Real Audiencia para “imprimir algunos libros de doctrina de devoción” (p. 54) en el Colegio de San Bartolomé. Concedida entonces esta licencia, en 1738 salen de la imprenta, bajo la supervisión del impresor religioso Francisco de la Peña, los primeros textos en caracteres tipográficos impresos en el virreinato neogranadino: el *Septenario al Corazón Doloroso de María Santísima* y la *Novena del Corazón de Jesús*. Con la historia de la impresión de estos dos breves devocionarios, el filólogo Alfonso Rubio y el historiador Juan David Murillo Sandoval, investigadores dedicados a la historia de la cultura escrita, empiezan su riguroso y bien escrito recuento de poco más de un siglo sobre los personajes y avatares asociados al surgimiento y a la consolidación temprana del mundo editorial en Colombia.

En las páginas introductorias del libro, los autores explican por qué decidieron delimitar su investigación entre los años 1738 y 1851. La primera fecha, como se señaló atrás, corresponde a la publicación de los primeros impresos —de los que se tenga noticia— hechos en el actual territorio de Colombia; y la segunda coincide con la promulgación y sanción —durante la administración del caudillo caucano José Hilario López— de la ley que estableció la libertad absoluta de imprenta, y que a su vez derogó la ley anterior, de 1821, cuyos artículos todavía

contemplaban la censura si los textos eran de carácter subversivo, sedicioso, obsceno o infamatorio. Advierten también los autores que la fijación del marco temporal, además de estos dos hitos, tuvo en cuenta los cambios que acarreó la transición entre la Colonia y la República en términos del tipo de contenidos en demanda, las condiciones de producción y la división de los oficios editoriales.

Si se compara con la de otros territorios en el ámbito hispánico, uno de los hechos que singulariza la historia de la cultura impresa en Colombia es la llegada e instalación tardía de la imprenta. Perú, por ejemplo, contaba con una desde 1583, y México, por la eficaz diligencia de fray Juan de Zumárraga, puso en funcionamiento en 1536 la primera imprenta de América, que incluso aventajó por unos años a la primera de Madrid. De hecho, si se considera la notoria irregularidad de la prensa regentada por los jesuitas en Santafé, caracterizada por una escasa y espaciada producción tipográfica, habría que desplazar el inicio de la actividad editorial propiamente dicha unas décadas después de 1738, cuando por solicitud del virrey Flórez se creó la Imprenta Real en 1778 y empezaron a publicarse obras de extensa paginación sobre materias seculares, como la *Historia de las ciencias naturales*, del matemático francés Alexandre Savarién; el *Arte de construcción*, de fray Pedro Masústegui; o la más curiosa y borgiana de todas, el tratado *Fuerza de la humana fantasía*, del italiano Luis Antonio Muratori, que incluía capítulos con títulos tan heréticos como “De los sueños apacibles y ordenados, y de los desordenados”, “De la fuerza de la fantasía atribuida a la magia”, o “Del comercio del alma con el cuerpo, y de la concupiscencia del hombre”.

Además de la publicación de este tipo de obras, en 1785, luego del famoso terremoto de ese año, apareció el primer periódico del virreinato: *Gazeta de Santa Fe de Bogotá, Capital de Nuevo Reyno de Granada*. En el editorial del primer número figuraba una encomiástica celebración de la utilidad de la imprenta:

Nadie duda de las singulares ventajas que reporta al género humano el uso de la escritura, y de lo mucho que se ha acrecentado con el bien de

la imprenta (...). Desde que se halló el admirable arte de la imprenta, se multiplican con indecible facilidad los escritos de todas clases. (p. 88)

Gracias a esta capacidad multiplicadora de la imprenta, publicaciones periódicas como la *Gazeta* anteriormente mencionada empezarán a surgir con gran profusión hasta consolidarse como el formato editorial por excelencia durante los años convulsos de la Independencia, la Reconquista y la República. Uno de los gráficos contenidos en el libro registra que solo en el período de 1822-1851 se imprimían en Bogotá aproximadamente 323 periódicos.

Sin un ápice de exageración, podría decirse que la historia de la edición desde finales del siglo XVIII y toda la segunda mitad del XIX es, principalmente, la de la edición de los periódicos y gacetas publicados en los distintos centros urbanos bajo el amparo ideológico de las corrientes políticas en pugna (Pablo Morillo, entre sus pertrechos de guerra, trajo consigo una imprenta portátil para ir imprimiendo sobre la marcha boletines del avance de su expedición de reconquista). Si bien ya existían obras como la *Historia del periodismo en Colombia* (1936), de Gustavo Otero Muñoz, así como la *Historia del periodismo colombiano* (1968) y *La imprenta en Colombia* (1970), de Tarcisio Higuera, el libro de Alfonso Rubio y Juan David Murillo consigue ir más allá del simple compendio de información bibliográfica para ofrecerle al lector un panorama sistemático, desde los aspectos algo abstractos de la concepción intelectual detrás del material impreso hasta los detalles técnicos del circuito de producción editorial.

Sumada al valioso aporte historiográfico de la investigación, quienes tengan interés en el campo de la filología encontrarán una documentada información sobre el surgimiento de la apremiante necesidad —una vez la producción editorial empezó a estabilizarse y a crecer— de regular la ortografía y fijar unos criterios estables para el uso de la puntuación, los guarismos y las mayúsculas —criterios que siguen siendo el quebradero de cabeza para los correctores de la actualidad—. A finales del siglo XVIII, ya

HISTORIA		RESEÑAS
<p>el sabio Mutis y el literato Manuel del Socorro Rodríguez lanzaban quejas enfáticas contra la falta de cuidado de los cajistas y componedores cuando “pasaban” el texto manuscrito a caracteres tipográficos. Incluso Mutis redactó unos consejos para su uso por parte de los oficiales de imprenta con la intención, propia de la mentalidad ilustrada del siglo XVIII, de evitar la corrupción de “nuestro sabio idioma castellano” (p. 75). Allí les recomendaba, además de incluir sin falta la fe de erratas, tener siempre a la mano el <i>Diccionario de autoridades</i> y la <i>Ortografía española</i>, recomendación sintomática del proceso de estandarización normativa que impulsó, a ratos con ceñudo autoritarismo centralista, la Real Academia Española desde su fundación en 1713.</p> <p>Quedaría coja una historia de la edición que no se detuviera en las formas de acceder a los materiales publicados. Antes de la apertura de la primera librería en 1851, una de las modalidades más efectivas era la compra por suscripción: cada quince días, en las tiendas donde los clientes se suscribían, el impresor entregaba tres pliegos impresos en cuarto de las obras ofertadas. La extensa <i>Historia de la Reforma protestante en Inglaterra e Irlanda</i>, del inglés William Cobbett, fue leída por entregas con gran entusiasmo del público lector. Y, cómo no, también los piratas hallaron en la creciente demanda de libros una forma de lucrarse, pues hacían impresiones no autorizadas de las obras de mayor circulación, como los catecismos curriculares de las recién fundadas escuelas republicanas, negocio que con verdadera astucia de editor comercial había conseguido el librero alemán radicado en Londres, Rudolph Ackermann, quien tuvo un monopolio de facto de la distribución de estos textos, aun cuando el Congreso le negó la petición de ser el proveedor exclusivo del material educativo del Estado. Ackermann logró atajar a los piratas mandando a las aduanas y a otros órganos de control el catálogo de sus títulos, para que nadie pudiese publicar o distribuir un ejemplar de su editorial sin autorización suya.</p> <p>Los autores de <i>Historia de la edición en Colombia, 1738-1851</i> también se detienen, entre una diversidad enor-</p>	<p>me de aspectos editoriales, en temas de diseño, en asuntos arancelarios e incluso en las preocupaciones tipográficas de Bolívar mientras libraba la guerra contra Morillo. Con esta exhaustiva investigación, los autores logran llenar el vacío en un campo de estudio que “no parece reclamar la atención de los investigadores colombianos” (p. 15), como bien señalan en la introducción. Ojalá que trabajos como este impulsen investigaciones en torno a temas como la historia de la lectura, la historia de la edición y la tan urgente historia del libro en Colombia.</p> <p style="text-align: center;">Jerónimo Uribe Correa</p>	